



“LATINOAMÉRICA EN TRÁNSITO”: EL PERIPLO INTERMITENTE DE
ANDRÉS NEUMAN EN *CÓMO VIAJAR SIN VER*

LORENA FERRER REY

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

La manía de viajar viene de topofobia y no de filotopía, el que viaja mucho va huyendo de cada lugar que deja y no buscando cada lugar a que llega.

Miguel de Unamuno

Mi generación es la generación de los múltiples viajes, pero todos los viajes son cortos y accidentados y violentos.

Maximiliano Barrientos

El viaje es un elemento enraizado en la literatura de todos los tiempos y lugares, un universal antropológico y literario que aparece ya en los relatos fundacionales y en las primeras muestras de lo que hoy situamos bajo el marbete de *orígenes de la literatura occidental* —el viaje de Odiseo de regreso a Ítaca sería quizá el ejemplo paradigmático—; la literatura y el viaje se nutren el uno al otro¹ en un simbiótico intercambio y se funden en aquello que hemos dado en llamar los *libros de viajes*. La variedad dentro de esta categoría no puede ser más amplia, especialmente si intentamos establecer una gradación en el componente ficcional que los diferentes libros de viajes incluyen; sin embargo, bajo toda esta literatura viajera subyace el propósito común de

¹ “Y es que Literatura y Viaje han sido, a lo largo de los siglos, no una misma cosa pero sí paralelos casi perfectos. Me atrevería a decir, incluso, que es difícil concebir a la literatura sin viaje, como es casi imposible que un viaje no provoque literatura” (Giardinelli, 2008: 30).

definir una realidad distinta y que el lector tenga acceso a ella a través de las palabras del autor-viajero. Un lector que, probablemente, no pueda acceder a ver con sus propios ojos la realidad descrita —en el caso de libros de viajes ficcionales, nunca podrá hacerlo, en tanto que lo descrito no existe: ¿cómo llegar por nuestro propio pie a Lilliput?— o que, en cualquier caso, nunca podrá mirarla con los ojos de ese viajero-escritor.

Hoy día, a comienzos del siglo XXI, nos topamos con la certeza de que “viajar nunca fue tan fácil”. Anuncios de Ryanair, Easyjet y otras compañías aéreas de bajo coste nos lo recuerdan en los periódicos, por medio de *pop-ups* en Internet y grandes carteles en las estaciones de Metro o marquesinas de autobús. Vivimos en un mundo en el que una de las expresiones de uso más corriente es “en la palma de la mano”, expresión en la que reside la masiva extensión del turismo en los últimos años. Cabe pensar, no obstante, que la manía contemporánea de viajar esconde en sus propósitos aquello que Unamuno declara en la cita que aquí nos sirve de acápite: los nuevos libros de viajes son más una manifestación de la *topofobia* —el odio al lugar en el que uno está— que de la *filotopía* —la afición por conocer diversos lugares— y, en tanto que viajeros, nos hallamos siempre huyendo, tanto del sitio que abandonamos como de aquellos por los que pasamos apenas de puntillas. Más que conocer, queremos atravesar; es más importante para nosotros atesorar destinos en forma de sellos estampados en las páginas de nuestro pasaporte que en nuestra memoria viajera. Y aquí es donde entra ese *Cómo viajar sin ver*.

El título de Andrés Neuman que aquí nos ocupa parece proceder de un manual para un turista del siglo XXI antes que de un auténtico libro de viajes. Hay que ponerlo en relación con el primero de los paratextos que el autor adjunta y que consiste en unos versos del poeta salteño Santiago Sylvester: “Parado en esta loma desde donde no se ve el mar,/ miro por eso mismo el mar”. Viajar sin ver, que es lo que propone Neuman desde el título escogido para su obra, no implica viajar sin mirar, por más que la paradoja nos conduzca a deducirlo. Este libro es la mirada del que no ve, pero sin embargo (y “por eso mismo”) observa.

Cómo viajar sin ver nos sitúa ante lo que Villar Dégano (2005: 228) llama “una escritura factual de viajes” —el libro está redactado por el propio viajero presencial—

que surge a su vez de la invención ficcional de un viaje: la novela *El viajero del siglo*, gracias a la que el autor ganó el XIIº Premio Alfaguara, así como el Premio de la Crítica, en 2009. En ella, Neuman presenta el viaje de Hans a la ciudad ficticia de Wandernburgo, situada en algún punto de la Alemania postnapoleónica. *Cómo viajar sin ver* recoge otro viaje, esta vez real: el recorrido de Neuman por Latinoamérica como consecuencia de la gira de promoción de su novela después de que le fuera otorgado el Premio Alfaguara. No solo la literatura y el viaje se alimentan mutuamente, sino que la literatura de viajes engendra más literatura de viajes; el propio autor teme en el epílogo que ello desemboque en una peligrosa *mise-en-abyme* a la que sea imposible ponerle punto y final:

Antes de despedirme, un amigo me dice: “Si publicas esas notas que estás escribiendo, después vas a tener que presentarlas en cada ciudad que aparezca en el libro”. Me imagino presentando estas líneas en todos los lugares que invocan y escribiendo, mientras tanto, un diario que cuente ese segundo viaje, que a su vez debería ser nuevamente presentado, ciudad por ciudad, y así hasta el infinito. El que entra en un viaje nunca sale de él (Neuman, 2010: 245).

Afortunadamente, y sin que ello signifique un desprecio hacia tal borgeano recurso sino más bien una muestra de alivio por hacerlo abarcable para el análisis, el viaje de Neuman finaliza pocas páginas más tarde y no parece haber (al menos por el momento) ningún otro que lo perpetúe.

1.- ¿Por qué “Latinoamérica en tránsito”?

Una vez detenida la atención en el título del libro que constituye el objeto de análisis, ¿por qué no hacerlo igualmente en el escogido para el presente trabajo? Más aún si nos percatamos de que una vez que abrimos el libro y vemos la portada en papel, ese *Latinoamérica en tránsito* nos saluda desde su refugio como subtítulo entre paréntesis. Latinoamérica es, como vimos antes, el espacio recorrido por el viajero en su trayecto ascendente de sur a norte (¿o, quizá, de norte a sur?²), de Argentina a Costa

² “He dicho Escuela del Sur; porque en realidad, *nuestro norte es el Sur*. No debe haber norte, para nosotros, sino por oposición a nuestro Sur. Por eso ahora ponemos el mapa al revés, y entonces ya tenemos justa idea de nuestra posición, y no como quieren en el resto del mundo. La punta de América, desde ahora, prolongándose, señala insistentemente el Sur, nuestro norte” (Torres García, 1944: 213). A grandes rasgos, lo que el artista uruguayo defiende es la idea de que Latinoamérica debe encontrar su orientación en sí misma y no en el modelo norteamericano de Europa o EE.UU., por lo que propone una inversión de influencias, reflejada principalmente en su ilustración *América invertida* (1943). El itinerario de

Rica, y es al mismo tiempo su espacio de reflexión. Para entender mejor esta última aseveración hay que detenerse brevemente en la figura del viajero-autor: Andrés Neuman. Nacido en Buenos Aires en 1977, se trasladó a Granada con catorce años; es un escritor considerado, incluso por sí mismo, hispano-argentino. A mitad de camino entre las dos orillas de un océano, de una lengua, este carácter híbrido³ condicionará su acercamiento a América Latina en *Cómo viajar sin ver*. Si, como veremos más adelante, viajar consiste en toparse con el otro y, precisamente por eso, con uno mismo, a lo largo del viaje habrá que intentar definir dónde están los límites entre el otro y el yo. ¿Es Andrés Neuman un español que viaja a América o un argentino volviendo a casa? La respuesta a esta pregunta no parece tenerla clara ni siquiera él.

Del mismo modo, la importancia de que Latinoamérica se constituya en espacio de reflexión no está únicamente vinculada a la identidad y avatares biográficos del autor. El hecho de postular América Latina como una realidad en la que englobar todos los países que visita Neuman —una de sus paradas es en Miami: ¿cuán latinoamericana puede llegar a ser una ciudad estadounidense?— no está exento de problemas. En una obra en la que se retrata la globalización del mundo contemporáneo, mantener la entidad unitaria de América Latina parece estar más cerca de ser un resquicio del “sueño bolivariano” que una realidad. La entelequia se ve asimismo sustentada por la diversidad de escenarios que se agrupan bajo la denominación de países latinoamericanos y que el autor esboza en su itinerario a saltos. La reflexión actual sobre Latinoamérica habrá de pasar necesariamente por cuestionar su supuesta unidad y caracterizar las tensiones entre lo global y lo diverso que coexisten en este espacio.

Pasando a la segunda parte del sintagma, “en tránsito”, el autor ofrece una explicación de por qué elige esas palabras:

En los aeropuertos se emplea una expresión que define perfectamente la experiencia migratoria: estar en tránsito. Así estamos, eso somos mientras viajamos. Seres en tránsito. [...] Por eso venero los aeropuertos, catedrales asépticas donde los pasajeros iniciamos la liturgia de cambiar de estado antes de cambiar de lugar. Los aeropuertos son los únicos templos que hemos sabido erigirle al presente. Verdaderos lugares de tránsito terrenal (Neuman, 2010: 17).

Neuman, en tanto que tiene por protagonista a Latinoamérica, puede verse como un camino descendente por el mapa de Torres García.

³ “Estar hecho de orillas no es algo de lo que lamentarse. Estar hecho de orillas, tener en dos lugares el origen, puede ser una manera de vivir más tiempo” (*Una vez Argentina*, Neuman, p. 111).

Más allá de que, según explicaba anteriormente, podamos considerar a Neuman, por su carácter migrante, como un ser permanentemente en tránsito, considero fundamental su interés por ese estado transitorio que define hoy día el viaje. El propósito de viajar no es ya el de emprender un camino con la intención de alcanzar finalmente un lugar, sino que el objetivo del viaje está en ese deambular de un sitio a otro sin permanecer demasiado tiempo en ninguno y convertir la transitoriedad en destino y meta. En este sentido, cobra gran importancia el medio de transporte que se ha hecho prioritario para viajar en la actualidad: el avión. Neuman habla de los aeropuertos como templos del presente, pero estos suprimen el camino, elemento que vertebraba las antiguas narraciones de viaje. Rara vez encontraremos que los autores se detengan en relatar las peripecias acaecidas durante el vuelo y a duras penas mencionarán un par de detalles sobre el tiempo pasado en el aeropuerto, a no ser que suceda allí algo especialmente interesante. La nueva manera de narrar los viajes se centra solo en los destinos visitados y elude el camino entre ellos, lo cual es consecuencia del medio utilizado, “que incide directamente tanto en la disposición mental del viajero como en su visión física de las cosas” (Villar Dégano, 2005: 231). El principio de selección sobre lo que se cuenta y lo que se deja de contar está determinado por cómo se desplaza el viajero y ello explica también el *viajar sin ver* del título: “La amplificación atenta de un viaje a caballo o simplemente caminando, se vuelve síntesis en un viaje en autobús y elipsis en otro en avión” (Villar Dégano, 2005: 231). Neuman transita elípticamente de un país a otro, borrando las distancias entre Santiago y Asunción, entre Bogotá y Ciudad de México, convirtiendo la elipsis en materia narrativa.

2.- Una hipérbola del turismo contemporáneo

Para finalizar con el análisis de los paratextos adjuntados por el autor, y una vez revisados el título, subtítulo e incluso una de las citas que sirve de epígrafe, es necesario prestarle atención al prólogo. La afirmación de que “los prólogos suelen ser una inapreciable fuente de información para establecer tanto las motivaciones del viaje y sus fines como las condiciones del mismo o la idiosincrasia del viajero” (Villar Dégano, 2005: 232) se cumple aquí con toda certeza y, además, el prólogo que Neuman titula “Bienvenida” funciona también como perfecta introducción de los temas que

sustentarán el armazón temático del libro y como anticipación de la estructura formal del mismo. Si bien el autor no se prodiga en los datos sobre su idiosincrasia personal, sí relata el motivo de su viaje y de la consiguiente narración de este. El exhaustivo itinerario que la gira del premio le marca, sumado al poco tiempo que tiene para disfrutar de él —el viaje comienza en junio de 2009 y acaba en diciembre, apenas cinco meses después— lo llevan a sentirse a punto de experimentar “una hipérbole del turismo contemporáneo” (Neuman, 2010: 13), tal y como reza el rótulo que abre el presente apartado. Las referencias a una nueva manera de viajar son constantes, así como la duda sobre cuál es el sentido de viajar en nuestra era globalizada.

Neuman desenmascara la paradoja que la globalización impone al viaje: por un lado, da igual dónde estemos porque el paisaje de las comunicaciones nos acompaña allá donde nos desplazemos —“a través de los medios, solemos pasar más tiempo en otra parte (...) que donde nos hallamos físicamente”—, pero a la vez somos capaces de sentir las pequeñas diferencias locales y “en cada tierra que visitamos, terminamos experimentando un mundo particular” (Neuman, 2010: 15). La tensión entre lo universal y lo local, que señalaba como elemento distintivo de la actual discusión sobre Latinoamérica, ha de formar parte también de cualquier reflexión sobre el turismo contemporáneo. El libro de nuestro autor pretende responder a una duda que lo atenaza: ¿por qué, a pesar de todo lo que hemos señalado, los viajes siguen transformándonos y revelándonos tanto? “De ese gran *no lo sé* está hecho ese libro”, declara, aunque quizá dilucidarlo jamás sea posible. Aunque quizá en la duda esté la esencia de por qué viajar.

Aún si cabe más importantes me parecen sus comentarios sobre cuál habrá de ser la forma narrativa que se adecúe a la nueva forma de viajar: “lo verdaderamente estético sería aceptar ese punto de partida y tratar de buscarle su propia literatura” (p. 13). Neuman realiza un esfuerzo por adaptar la escritura de su diario a los avatares del viaje, por modelar la forma a partir del contenido en un intento de imbricar *res* y *verba*. El tono del libro quedará pues determinado por lo apresurado del viaje que este contará:

Imaginé entonces un diario saltarín, narrado desde un punto de observación reducido, hecho de entradas sintéticas. Una situación, una nota. Una nota, un párrafo. Jamás habría puntos y aparte en el interior de las entradas. Jamás habría pausas intermedias. Ya no viajamos así. No miramos así. (Neuman, 2010: 13)

Es posible que los periplos de la Antigüedad quedasen bien en hexámetros dactílicos y la novela fuese la manera adecuada de narrar un viaje decimonónico, pero el autor opina que eso está superado y que se ha de buscar una nueva forma que recoja la experiencia viajera actual. Él la encuentra en el “cruce entre la micronarrativa, el aforismo y la crónica relámpago” (Neuman, 2010: 14), tres géneros afines al cultivo de lo breve que tanto ha proliferado en la literatura contemporánea como supuesto emblema de la llamada *posmodernidad*. Andrés Neuman es famoso como microcuentista, *blogger* y, además, hace unos años apareció un volumen que compilaba algunos de sus aforismos y otros ensayos breves, por lo que no es la primera vez que se adentra en estas lides, sino que encuentra en terrenos ya cultivados los surcos en los que sembrar su propuesta para una nueva literatura de viajes.

Esta propuesta, en un paralelismo con la imagen antes utilizada, podría considerarse “una hipérbole de la narrativa contemporánea”. Los rasgos que el autor señala como primordiales en la narración que se dispone a pergeñar son los siguientes:

el fragmentarismo,

Renunciaría entonces al afán de recrear totalidad, dar la impresión de un conjunto. Asumiría los pedazos. Admitiría que viajar se compone sobre todo de no ver. Que la vida es un fragmento, y ni siquiera ella conforma una unidad. (Neuman, 2010: 14)

la “estética del parpadeo”⁴

Nos lo jugamos todo, nuestro pobre conocimiento del mundo, en un parpadeo. Ese fue el ojo que elegí o me eligió para este viaje. [...] La escritura como modo de captura. El impulso de atrapar pequeñas realidades al paso e interpretarlas en tiempo real. (Neuman, 2010: 14)

y la rendición a lo inmediato.

Cuando nos resulta imposible una mirada exhaustiva y documentada sobre un lugar, sólo nos queda el recurso poético de la inmediatez: mirarlo con el asombro radical de la primera vez. Con cierto grado de ignorancia y, por lo tanto, de avidez inaugural. (Neuman, 2010: 14)

Tres cualidades que presenta como escogidas *ad hoc* para su libro de viajes, pero que, en realidad, se hallan en las bases de la narrativa más prototípica de finales del

⁴ Esta denominación fue acuñada por Richard McAllister, quien la aplicó a otro tipo de narración, en este caso de tipo audiovisual: el videoclip. Sin embargo, ha sido utilizada también en muchos de los estudios sobre la narrativa hiperbreve —“el microcuento es un correlato literario de la incertidumbre sobre el sentido y valor de la modernidad (su confianza en la Gran Historia), de la ‘estética del parpadeo’ que descubre Ricardo McAllister en la videotecnica” (Yepes, 1996)— y el hecho de que el propio Neuman utilice la palabra *parpadeo* para definir su narrativa insta a recordarla.

siglo XX y comienzos del XXI. La modernidad nos introduce en la ruptura de la totalidad novelesca y presenta el relato hecho añicos, contraviniendo así las monumentales obras que habían ocupado los pedestales narrativos del siglo XIX. A medida que transcurre la pasada centuria, la brevedad y la ligereza de los textos cobran relevancia, y la cada vez mayor influencia de lo mediático y lo audiovisual, así como la masiva extensión del uso de Internet, ponen a nuestra disposición una serie de nuevos lenguajes que acostumbran al cerebro a un nuevo modo de leer, menos lineal y más cercano al destello fugaz que a la serenidad y la quietud de recorrer con la mirada los cientos de páginas de una novela. Las páginas web, los *blogs* y antologías cuentísticas se llenan de microrrelatos, en los que se ha querido ver una sintonía con los tiempos actuales: “Hay en su [...] transgredir los tópicos una ironía sobre nuestra época. Así se alzan contra la verbosidad, la avalancha informativa, la vacía superabundancia de nuestra cultura” (Obligado, 2001: 9-10). No es mi pretensión aquí ahondar en un análisis narratológico de las formas breves que acaparan *Cómo viajar sin ver*, ni tampoco indagar en su vinculación con una estética contemporánea, reflejo quizá de unas nuevas estructuras de pensamiento; simplemente quería señalar, ya que el propio autor lo pone de relieve en su prólogo, que el tipo de narración utilizado para esta experiencia del viaje contemporáneo es aquella que Neuman considera más adecuada para el nuevo modo de mirar que presupone la contemporaneidad. No hay en ello un propósito de suma originalidad, solo una asunción de los esquemas de la narrativa actual, que el narrador demuestra conocer a la perfección y, como ya dije anteriormente, una suerte de unión indisoluble entre forma y fondo que es, si no magistral, al menos altamente loable.

3.- Condicionamientos y mediaciones del viajero

Antes de entrar de una vez por todas en el estudio de *Cómo viajar sin ver*, querría extraer una última sentencia del prólogo, para introducir así el que será el núcleo del presente análisis. “Sólo quería escribir de lo que *mirase, escuchase, comprendiese o malinterpretase* mientras atravesaba ese laberinto denominado Latinoamérica” (Neuman, 2010: 15; la cursiva es mía), declara Neuman, estableciendo de este modo los ejes que articulan su escritura en el presente libro. Por un lado, alude a los registros sensoriales por medio de los cuales captará la información del entorno para después

plasmarla en forma de lenguaje; por el otro, a los intelectuales, que servirán de harnero a través de los que cribar los estímulos recibidos y dotarlos de un contenido que trascienda la mera descripción. El lector se enfrenta ante el hecho de adoptar los ojos y oídos del autor —quien no hace ninguna mención a los otros tres sentidos, quizá prefiera guardarse olfato, gusto y tacto para su experiencia individual— y, además, asistir a lo que no es sino un intento de comprensión o (mal)interpretación por su parte. El trabajo del lector, más aún de un lector avezado como ha de ser el crítico literario, consistirá en desenmascarar aquellas interpretaciones que el viajero presenta so capa de mera captación sensorial y tratar él a su vez de comprenderlas en el marco de la visión personal del autor que se desprende de la lectura global del libro, reinterpretarlas según la opinión que el viajero ha ido declarando explícita o implícitamente y dotarlas de un significado sistémico que permita dilucidar la mirada que prevalece a lo largo del recorrido espacio-temporal del viaje. Esa y no otra es mi particular declaración de intenciones.

El carácter autobiográfico de la escritura de viajes hace hincapié en la imposible objetividad del género, siempre mediatizado por la visión subjetiva del narrador, quien viaja con todo un bagaje personal a cuestas —su cultura y vinculación nacional, los viajes anteriores que ha realizado, las circunstancias biográfico-personales que guardan alguna vinculación con su carácter viajero, etc.— del que no puede desprenderse y que lo influye a la hora de acometer un nuevo viaje: “El autor, que es el viajero y el narrador, se ve fuertemente condicionado por su yo peripatético que le obliga a un punto de vista unilateral, volcado siempre hacia su práctica itinerante” (Villar Dégano, 2005: 235). Leer un texto autobiográfico es, en cierto modo, asumir una mirada y, como tal, ser conscientes de que en ella lo objetivo no puede ser más que apariencia, pues el sujeto propende a la inevitable subjetividad. *Cómo viajar sin ver* no es, pues, un retrato neutral de América Latina en 2009, sino el panorama necesariamente parcial que Andrés Neuman nos presenta de esta.

Quien viaja, además de llevar consigo un equipaje más o menos ligero, transporta también su propia memoria. El viaje no siempre se realiza a un lugar desconocido, sino que en ocasiones el destino ya ha sido visitado antes y el viajero confirma o niega con ese segundo (o tercer o cuarto) viaje los recuerdos que conserva de las veces anteriores. En el caso de Neuman esto sucede en algunas de las ciudades

que componen su gira; dejando aparte el caso de Buenos Aires, que luego retomaré — en tanto que es su ciudad natal y por ello la acumulación de recuerdos sobre esta y su vinculación sentimental funcionarán de un modo distinto—, Quito y Montevideo le traen a la memoria las experiencias de estancias pasadas. En cuanto a la primera de ellas, decide desprenderse de los recuerdos para así mirarla con unos nuevos ojos, no viciados por su vista anterior: “Ya había estado en Quito y noto que, al principio, eso me impide mirarla. Fingiré que nunca había estado aquí. Quizá viajar es eso: fingir que nunca antes habíamos visto nada” (p. 104). De la capital uruguaya parece tener un recuerdo más personal, relativo a su infancia. Este desencadena una reflexión sobre la memoria y el viaje en la que es interesante reparar:

La última vez que fui a Montevideo, yo era un niño de 9 años que se portaba mal sin razón aparente. Fuimos a competir con mi club de natación. Cruzamos en catamarán el Río de la Plata. Dormí en casa de un amigo uruguayo que nadaba más rápido que yo. [...] Esa noche, en la víspera del regreso a Buenos Aires, me oriné como un bebé en la cama de mi amigo.

Al viajar a determinados lugares, nos desplazamos hacia delante con el cuerpo y hacia atrás con la memoria. Entonces avanzamos hacia algún pasado. (Neuman, 2010: 39)

El reencuentro con ciertos espacios supone también un reencuentro con un pasado más o menos vigente en nuestro presente, quizá incluso ya olvidado, y que vuelve a nuestra memoria efectiva solo cuando pisamos de nuevo sobre la huella de nuestros propios pasos. Sin embargo, la opinión de Neuman a este respecto se ve desmentida por una afirmación que aparece más adelante en este mismo libro. En su trayecto desde Asunción hacia La Paz, pasa por la ciudad boliviana de Santa Cruz y se acuerda de que él ya había estado en ese aeropuerto que lo acoge momentáneamente; sin embargo, no encuentra recuerdos sobre él que traer a la mente. La reflexión que esta impotencia memorística despierta en él es, en cierto modo, contraria a la que había anotado en Montevideo: “Viajamos sin pasado, lo borramos viajando, volamos olvidando. Un viajero es una mezcla de amnesia en marcha y memoria huyendo” (Neuman, 2010: 70-71).

La memoria-araña de la que Julio Cortázar habla en “Acerca de la manera de viajar de Atenas a Cabo Sunion”, que él considera autónoma y tramposa, entreteje los recuerdos reales con otros que solo conocemos de segunda mano. Así, el texto de este escritor argentino versa sobre cómo la narración que su buen amigo Carlos realiza de su viaje a Cabo Sunion, en Grecia, funciona como filtro en su viaje al mismo lugar y, es

más, cómo esos recuerdos narrados se superponen y llegan a sustituir a los suyos propios:

Y además está el viaje de Atenas a Cabo Sunion, y sigue siendo la plaza de Carlos y el autocar de Carlos [...]; son su plaza y su autocar, y los que busqué y conocí en Atenas no existen para mí, desalojados, desmentidos por esos fantasmas más fuertes que el mundo, inventándolo por adelantado para destruirlo mejor en su último reducto, la falsa ciudadela del recuerdo. (Cortázar, 1992: 98)

En *Cómo viajar sin ver* apenas se hacen menciones a los consejos de otros amigos que hayan visitado antes el mismo lugar al que el narrador va —una amiga puertorriqueña sí que le advierte de que, al llegar a su país natal, a pesar de ver por todas partes “el estilo de vida gringo” cuando tratase con la gente no podría sino exclamar “¡coño, pero esto es Latinoamérica!” (Neuman, 2010: 188)—, pero la mediación que se interpone entre el viajero y el lugar al que viaja pertenece a otro orden: el literario. Si bien Cortázar ya trataba los elementos ficcionales como “esos fantasmas más fuertes que el mundo”, en un alegato de cómo la ficción puede imponerse a la realidad, de alguna manera Neuman viaja a través de los libros y lleva las imágenes que de ellos ha tomado para contrastarlas con la realidad, ahora no leída, sino observada.

Andrés Neuman, además de escritor, fue profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad de Granada, por lo que su relación con la literatura pasa por la actividad profesional también como lector y crítico; no es entonces de extrañar que las obras literarias sean las principales mediadoras entre él y su viaje. *Cómo viajar sin ver* es, en ese sentido, también el diario de un lector, pues el autor va comentando los libros leídos que influyen en su visión de la ciudad correspondiente, así como las nuevas lecturas de autores del país al que visita, tratando de adivinar o descubrir en ellas los rasgos geográfico-culturales que se hacen visibles ante sus ojos. La obra se convierte así en un catálogo de la llamada “nueva narrativa latinoamericana” y ante nuestros ojos —sobre todo ante los de Neuman, que es quien los está leyendo— desfilan esos nombres de jóvenes (y no tan jóvenes) promesas que pueblan muchos de los suplementos culturales y que han compartido, con nuestro autor, las páginas de algunas de las antologías de esta nueva narrativa. Encontramos, pues, mencionados a Pola Oloixarac, Oliverio Coelho, Alejandro Zambra, Rodrigo Hasbún, Ivan Thays, Juan Gabriel Vásquez, Guadalupe Nettel, entre muchos otros: compañeros de la generación literaria a

la que pertenece Neuman y emblemas, aún no lo suficientemente consolidados, de la literatura en lengua española procedente del otro lado del Atlántico. Junto a ellos desfilan otros autores consagrados: la mención a Roberto Bolaño en Chile es ineludible, en tanto en cuanto se ha constituido en el nuevo autor de referencia de las letras hispanoamericanas. El comentario que introduce sobre él sirve también para iluminar la nueva narrativa y la tensión entre lo particular y lo universal que existe en el espacio de América Latina a todos los niveles, entre ellos el literario, y por supuesto para arrojar algo de luz sobre el carácter de escritor hispano-argentino del propio Andrés Neuman:

Bolaño fue un chileno que escribió la gran novela mexicana viviendo en Cataluña. Sin embargo, fue rabiosamente latinoamericano. Supo convertirse en mexicano, no pudo evitar ser chileno, coqueteó con la idea de fingirse argentino. Panamericano Bolaño, hoy la cosa parece distinta. Muchos jóvenes escritores están intentando dejar de ser propiedad simbólica de sus países. No para ser de otros, sino para no ser de ninguno. (Neuman, 2010: 55)

Sin embargo, aquellas referencias literarias que de verdad condicionan su acercamiento a las ciudades que visita corresponden a generaciones anteriores, a los verdaderos clásicos latinoamericanos. Querría destacar, principalmente el caso de dos ciudades: Montevideo y Lima.

Hablar de Montevideo supone hablar de Juan Carlos Onetti, especialmente en 2009, año en el que se produce esta visita, al tiempo que se está conmemorando el centenario de su nacimiento. Onetti, que incluso se apartó de su ciudad y creó la fantápolis de Santa María, es el verdadero constructor de la capital uruguaya y acercarse a ella supone llevar presente la atmósfera de alguna de las novelas de Onetti. El prestigio que Neuman le concede a este escritor es aún mayor, pues su prosa no es solo capaz de teñir una ciudad, sino de hacer sentir que la propia realidad está extraída de una de sus ficciones:

La obra de Onetti es tan perdurable como el dolor, la tristeza o la desesperación humanas. Nadie ha esculpido así en castellano esas realidades invisibles. Nadie ha adjetivado el mundo con una maldad tan exacta. Su obra no se parece a ninguna otra. En la vida hay días, o atmósferas, o imágenes, de los que uno sólo puede pensar: esto parece de Onetti. Muy pocos escritores tienen ese privilegio. (Neuman, 2010: 42)

Asimismo, Neuman encuentra también los temas principales de la literatura uruguaya en la vida cotidiana de la ciudad y a partir de ellos esboza una teoría acerca de su forma de narrar:

Recuerdo libros uruguayos, y también algunas películas, donde la burocracia es elevada a categoría perceptiva. La atención a la lentitud, al profundo misterio de la ineficacia, parece ser

algo muy montevideano. [...] Quizás esta ecuación temporal explique por qué tan a menudo sus historias dan la sensación de que no sucede nada y, sin embargo, transmiten tanta intensidad, tanta incertidumbre. (Neuman, 2010: 46)

En el caso de Lima, el encuentro literario con la ciudad procede del lugar donde nuestro autor se aloja. Ese barrio limeño de Miraflores, tantas veces descrito por muchos de los más importantes escritores peruanos, muestra una cara falseada de la realidad del país, en tanto que es parcial y remite solo a las altas esferas de la sociedad, despreciando los estratos más bajos que son mayoritarios en el Perú. Esta parcialidad está también en la literatura peruana, encabezada por escritores que pertenecen a las minorías elitistas y que, en sus novelas —el caso de Bryce Echenique es paradigmático— presentan únicamente esa cara del país:

Me alojo en pleno barrio de Miraflores, donde transcurren muchas narraciones de Bryce y Vargas Llosa. A la vuelta de la esquina está la casa de Ricardo Palma. En esta zona uno siente que camina por una antología de la literatura peruana. Y al mismo tiempo uno sabe que esa antología hace eso mismo: seleccionar, muy parcialmente, la realidad peruana. (Neuman, 2010: 87)

La crítica sociopolítica no está ausente del extracto arriba citado, ni tampoco lo está de otro de los pasajes en los que la literatura funciona como vía de acceso a la realidad nacional durante la estancia en Lima: “«Aquí la clase alta», me explica alguien, «sigue siendo un mundo para Julius. Los girasoles viven mirando al sol. Ellos viven mirando a Miami»” (Neuman, 2010: 89). La mediación literaria sirve, pues, no solo como acercamiento artístico, utópico o incluso profesional a los lugares visitados, sino que aporta una mirada crítica a la realidad del momento, que en ocasiones coincide con aquello que fue retratado décadas antes. Las menciones explícitas a la política latinoamericana no están ausentes del libro de Neuman, sino que conforman un porcentaje bastante importante del grueso del texto y la filtración a través de la literatura es uno de los modos en los que se manifiesta, pero no será el único.

4.- Reflexiones político-sociales

El género de la literatura de viajes tiene bastante de *testimonio histórico* (Villar Dégano, 2005: 237). Por ello, no resulta extraño que la política contemporánea al momento en el que se viaja sea un tema de interés para el viajero, quien irá infiltrando a lo largo de su discurso las reflexiones que esos sucesos de actualidad le suscitan. Esta es

otra forma, saliendo de lo estrictamente personal (recuerdos anteriores, filiaciones afectivas, etc.), de subjetivar la narración del viaje, puesto que el autor normalmente no se limitará a informar de lo sucedido con un tono neutral, sino que se implicará en lo narrado, lo comentará e interpretará según sus propias opiniones político-sociales. En este sentido, funcionará también el esquema de *filiaciones, fobias y estereotipos*: el viajero conocerá las condiciones políticas de los países que visita de una manera más o menos profunda, acorde con sus intereses personales —en este caso estamos hablando de más de una decena de países, por lo que su conocimiento sobre ellos, en tanto que no estamos tratando con un experto politólogo internacional, habrá de ser desigual— e irá al viaje con ciertas ideas preconcebidas que, una vez allí, se encargará de confirmar o desmentir.

Uno de los más importantes sucesos políticos que jalonan el viaje de Neuman por América Latina es el golpe de Estado que tiene lugar justo cuando el escritor inicia su gira. El presidente Manuel Zelaya fue destituido y capturado por las fuerzas militares, respaldadas por amplios sectores de la sociedad y la política hondureña, quienes eligen para sustituirle a Roberto Micheletti, el 28 de junio de 2009. Este hecho, del cual Neuman tiene noticia mientras está en Buenos Aires, lo acompaña durante todo su viaje, hasta tal punto que en septiembre ha de suspender la estancia en Tegucigalpa que entraba como parte de la gira porque el gobierno de facto de Micheletti declara el estado de sitio en Honduras: “Tegucigalpa, lo que no pude ver” (Neuman, 2010: 172-177). Lo ocurrido en este pequeño país centroamericano es utilizado por el autor como una manera de leer la historia política argentina del pasado —“La comunidad internacional sigue sin reconocer al nuevo presidente. ¿Qué habría pasado con Videla si las potencias, con Estados Unidos a la cabeza, lo hubiesen rechazado?” (Neuman, 2010: 33)— y, en general, la política latinoamericana de todos los tiempos:

Una de la mañana, televisor del hotel. “Señor fiscal general de Honduras”, pregunta la entrevistadora de CNN, “si de verdad el presidente Zelaya violó la ley, ¿por qué no se actuó conforme a Derecho, y se violó también la legalidad para derrocarlo?”. “Eso, señorita”, contesta el señor fiscal, “habría que vivir en este país para entenderlo”. Y, sin querer, el fiscal resumió la Historia de Latinoamérica en diez palabras. (Neuman, 2010: 44)

El hecho de que los medios de comunicación sean omnipresentes a lo largo de todo viaje actual permite que el autor conozca casi inmediatamente cualquier noticia sobre Honduras y, es más, que pueda conocerla desde una perspectiva ajena, aquella del

país que abandona al comienzo de su viaje. Mientras está en Costa Rica, varios meses después del golpe de Estado, tienen lugar las elecciones en Honduras. Las diferentes opiniones sobre ellas están recogidas de la prensa española y revelan los puntos de vista ideológicos de algunos de los principales periódicos (*El Mundo*, *El País* y *Público*, en este caso).

Otro de los asuntos más controvertidos del segundo semestre de 2009 fue el de la *gripe A*, que conmocionó especialmente América Latina. Ajeno en principio a la política, tuvo también implicaciones en ella, especialmente en lo tocante a la histeria colectiva que desencadenaron los medios de comunicación y que fue manejada por los poderes del Estado. Las menciones a la gripe A aparecen sobre todo en los capítulos correspondientes a la visita a Argentina y Chile, países especialmente afectados por la epidemia y a los que, además, viaja en pleno apogeo de esta. En ellos, el autor refleja ese estado de pánico cuasi-apocalíptico que atenaza a la sociedad y llega a sacar lo peor de ellos mismos:

Los recintos cerrados del país se pueblan de barbijos, y los concurrentes se dividen en dos. Cada vez que un desbarbijado se cruza con un barbijante, se miran con desconfianza. Se estudian. Se juzgan. Evalúan sus estados. El del barbijo piensa: “No me contagiarás, perro infectado”. El sin barbijo piensa mientras tanto: “No va a servirte de nada, estúpido alarmista”. Cada uno a su modo, inculca al prójimo el virus más común y peligroso: el de la naturaleza humana. (Neuman, 2010: 34)

Más sucesos de la política contemporánea que aparecen mencionados en *Cómo viajar sin ver* son, por ejemplo, la celebración del bicentenario en Bolivia, el militarismo de Colombia —que viene de lejos, pero sigue presente en 2009— o las elecciones legislativas en Argentina. También son frecuentes los retratos y opiniones sobre los principales dirigentes latinoamericanos: no parece estar completamente en contra de Evo Morales; critica su populismo, pero valora el hecho de que los bolivianos tengan un presidente indígena y, además, no ve ninguna alternativa mejor en la oposición política. Sí que es mucho más crítico con Hugo Chávez, cuyas medidas compara con las que el presidente venezolano tacha de fascistas e imperialistas en Europa y Estados Unidos. A lo largo de todo su viaje, especialmente al hilo de lo acaecido en Honduras, va intercalando opiniones sobre este personaje político, pero estas se acrecientan, como es lógico, cuando llega a Caracas. El semblante democrático de Neuman choca con lo que considera afanes totalitaristas y megalomaniacos por parte del presidente Chávez. Pero ni siquiera él puede escapar de su omnipresencia: “Seas

quien seas, hagas lo que hagas, pienses lo que pienses, en Venezuela no se puede no hablar de Chávez. Esa es quizá su mayor opresión y su mayor conquista” (Neuman, 2010: 123).

La historia actual no es la única que Andrés Neuman trata en su libro, sino que los viajes a distintos países latinoamericanos funcionan también como recordatorio de la historia pasada de estos: las menciones a Trujillo en República Dominicana son inexcusables, así como a Sendero Luminoso en una playa de Perú, en la medida en que tienen cierta vigencia aún en el presente. La Plaza Abaroa de La Paz le conduce a la historia del prócer de dicho apellido que “murió luchando por el mar boliviano” (Neuman, 2010: 79) y la calle Mariscal López en Asunción le trae a la memoria a este líder que metió a los paraguayos en guerra contra la Triple Alianza y que, sorprendentemente, sigue teniendo defensores en su país. Más emotivas son las referencias a lo acaecido durante las décadas de los 70 y 80 en su país, Argentina, que le vienen a la memoria durante el vuelo que lo lleva desde Buenos Aires a la vecina Montevideo:

Sobrevuelo de nuevo el Río de la Plata. Es marrón y rojizo, cobre y barro. Y gris. Color Historia. No consigo volar sobre esta porción de agua sucia sin pensar en los aviones argentinos que, hace 30 años, mientras yo aprendía a hablar, arrojaban cuerpos que hacían plas, se hundían y desaparecían. Yo no lo vi. Yo no lo supe. A mi generación se lo contaron. Eso nos ha transformado en inocentes culpables. El avión vira. Las nubes dejan manchas en el río. (Neuman, 2010: 40)

Cualquier mención a la historia argentina ha de recorrer, aunque sea de puntillas, el período dictatorial de las Juntas Militares comprendido entre 1976 y 1983 —ese autodenominado *Proceso de Reorganización Nacional*— y recordar las terribles desapariciones de personas que tuvieron lugar entonces. Lamentablemente, la historia de América Latina es también la historia de sus dictaduras y estas se hallan ineludiblemente presentes todavía en el siglo XXI. Volando, como Neuman, hacia el país vecino, nos encontramos con que el centro penitenciario en el que estuvieron detenidos (y presumiblemente torturados) los tupamaros es hoy un centro comercial, un *shopping*. El choque con la anulación paradójica de la historia y el encuentro con la globalización alcanza aquí sus máximas cotas:

Salgo del antiguo penal y, como si hubiéramos vuelto a los años 70, una chica me entrega unos panfletos y se aleja corriendo. Los panfletos dicen: *Viajá a las estrellas saboreando la nueva Whopper Trek. Aros de cebolla y salsa barbacoa picante.* (Neuman, 2010: 44)

Las menciones a la globalización, que ni mucho menos están carentes de una intención crítica y de denuncia, se enmarcan en las tensiones entre lo global y lo diverso de las que hablaba al comienzo del trabajo y que son fundamentales para comprender (o al menos, intentarlo) qué sentido tiene hablar de América Latina hoy día. Andrés Neuman descubre paulatinamente, a lo largo del viaje, que el espacio que visita está plenamente imbuido de un espíritu globalizador, pero pueden destacarse los choques con esta realidad que sufre en dos de los lugares visitados y cuyas esencias son, en principio, contradictorias: Bolivia y Miami.

Bolivia es una nación multiétnica, con un elevado porcentaje de población indígena o mestiza, especialmente en la zona oeste, donde se encuentra la capital —por contraste con la “blanca Santa Cruz”, en el área oriental del país—, y es, además, la primera en tener un presidente de origen indígena, Evo Morales, quien supuestamente ha encabezado los derechos y libertades indigenistas, al menos en su campaña política. Es de esperar que un espacio como este se aferre más fuertemente a su esencia identitaria y no se deje tanto empapar del espíritu desnacionalizador que impone la globalización. Quizá sea de esperar, pero no lo sea tanto, pues ciertos episodios de este libro de viajes nos hacen pensar algo distinto. Un ejemplo que muestra la imbricación entre ambos universos —el global y el más puramente nacional— viene de la mano de la denominación que los propios bolivianos le dan a las pastillas para el conocidísimo “mal de altura”:

Me recuerdan que, por las dudas, tome sorojchipills. ¿Sor quién?, me asombro. Sorojchi-pills. En aimara, *sorojchi* significa mal de altura. El resto es capitalismo. (Neuman, 2010: 73)

La abismal extensión de la lengua inglesa, por influencia de Estados Unidos y su cultura, es uno de los rasgos más característicos del universo globalizado en el que vivimos. En América Latina, en contraposición con España, donde llega quizá más atenuada, la influencia lingüística de este país es mucho mayor, sobre todo en aquellas zonas cercanas o especialmente dominadas, en las que no solo se toma vocabulario, sino incluso se calcan estructuras semánticas o sintácticas —Neuman, dentro del libro, señala ejemplos de esta extensión del *spanGLISH* en Puerto Rico o Panamá—. La peculiaridad de esta muestra boliviana está en la adjunción de una palabra procedente de una lengua indígena (*sorojchi*: ‘mal de altura’) con otra procedente del inglés (*pills*:

‘pastillas’), de tal manera que la tensión antes comentada se evidencia en una única palabra, sin necesidad de circunloquios. Y “el resto es capitalismo”.

También en La Paz el viajero se percata de un hecho que tiene que ver con un suceso de actualidad con resonancias internacionales: la muerte de Michael Jackson, acaecida el 25 de junio de 2009, al comienzo de su viaje. En la capital boliviana, Neuman decide comprar un DVD pirata de una gira del susodicho Michael Jackson y, poco después, se sorprende pensando en él ante una de las más importantes iglesias de la ciudad: “¿Por qué demonios pienso en Michael Jackson en mitad de La Paz, frente a la bella iglesia de San Francisco? ¿Dónde estoy, dónde estamos? ¿Será esto, exactamente, la globalización?” (Neuman, 2010: 74). He aquí una mención explícita al fenómeno, aunque esta vez encarnado en su propia persona. No será la última vez que evidencie la lucha entre dos fuerzas que se suponen contradictorias; sin embargo, ¿cuál de ellas vence esta vez?

Museo de Instrumentos Musicales de Bolivia. Me detengo a observar los chullu-chullus, especies de sonajeros contruidos con chapas de botellas de Coca-Cola o Pepsi. Esta pequeña vitrina es quizás el único lugar de toda Bolivia donde las tradiciones indígenas han devorado a las multinacionales. (Neuman, 2010: 76-77)

Pasando al segundo de los espacios, Miami, anteriormente me preguntaba que cuán latinoamericana podía ser una ciudad estadounidense y él mismo, el viajero, también se lo pregunta. Miami pertenece a Estados Unidos, pero sus habitantes pertenecen a tantos sitios de Latinoamérica que, al final, ambos, ciudad y población, se ven desarraigados de ambos lugares y no se sabe muy bien a qué patria adscribirlos. Neuman declara esta misma idea del siguiente modo:

Miami Beach me defrauda en lo mítico y me sorprende en lo sociológico. Ni su playa ni sus bulevares son para tanto. Su síntesis latina, en cambio, su mezcla de castellanos sin lugar, su Frankenstein hispano, bronceado y en movimiento, se me antoja una exuberante prefiguración del futuro. (Neuman, 2010: 180)

Miami, entonces, sin ser estrictamente latinoamericana preconiza la ciudad latinoamericana del futuro; una ciudad en la que tienen cabida mini-ciudades, como una Pequeña Habana en la que se puedan vender “rollos de papel higiénico con la efigie barbuda del Comandante” (Neuman, 2010: 181) o una Pequeña Haití en la que escuchar *créole* por las calles y cuya pobreza la aleja de la Miami estereotipada que nos venden por televisión. ¿Qué es Miami?, nos preguntamos nosotros y se pregunta asimismo



Neuman, “¿melting pot o suma de guetos? Siendo sinceros, aquí la mezcla de culturas solo se da entre la gente que comparte un color: el verde dólar?” (Neuman, 2010: 187).

Muchos otros ejemplos similares a los reseñados se pueden extraer de entre las páginas de *Cómo viajar sin ver*, pero mi intención no es otra que hacer ver de qué manera esta globalización —que “lejos del intercambio de culturas”, dice Neuman, “tiende a ser un permiso para que el pez grande nade también en aguas pequeñas” (Neuman, 2010: 213)— le otorga a la Latinoamérica del siglo XXI, especialmente en lo tocante a sus manifestaciones culturales⁵, un carácter confuso que, de algún modo se aparta de la América Latina esencialista y, de algún modo, “exótica”, a la que nos habían acostumbrado generaciones culturales anteriores. Ello influirá en la conformación de una nueva identidad latinoamericana, de la que Neuman, como veremos, tendrá que participar o distanciarse, según sea su encuentro con el otro y, por ende, consigo mismo.

5.- Un ser “hecho de orillas”

He intentado eludir a lo largo de mi análisis las menciones a Argentina que el autor introduce —por más que algunas hayan sido inevitables—, a pesar de que el primero de sus destinos sea Buenos Aires. La vinculación de Neuman con esta ciudad y, en general, con todo el país, es mucho más estrecha y, por ende, especial. Ya lo presentaba al comienzo del trabajo como “un escritor hispano-argentino” y mencionaba su carácter híbrido ese estar “hecho de orillas”, que él mismo enunciaba. Buenos Aires es la ciudad en la que nació y comenzó a crecer, por más que terminase de hacerlo en una ciudad española, Granada, e inevitablemente habrá de mirarla de un modo distinto a aquel con el que mira el resto de capitales de América Latina. Sus conocimientos sobre la realidad argentina también habrán de ser más amplios que sobre el resto; por ejemplo, las menciones políticas que realiza durante su estancia en Buenos Aires revelan un

⁵ Cabría recordar aquí el prólogo que Alberto Fuguet y Sergio Gómez adjuntan a su antología de la nueva literatura hispanoamericana, *McOndo* (1996), en la que intentan desmentir los tópicos creados a partir de la imagen extranjera —y en ocasiones, también nacional— de América Latina: “Latinoamérica es, irremediamente, MTV latina, aquel alucinante consenso, ese flujo que coloniza nuestra conciencia a través del cable, y que se está convirtiendo en el mejor ejemplo del sueño bolivariano cumplido, más concreto y eficaz a la hora de hablar de unión que cientos de tratados o foros internacionales. De paso, digamos que *McOndo* es MTV latina, pero en papel y letras de molde.” (Fuguet y Gómez, 1996: 15).

interés mayor y más profundo sobre el tema. Así, trata de esbozar una definición del peronismo, el fenómeno más particular de la política argentina y sin el que esta resulta inconcebible:

¿Pero qué es el peronismo? Cualquier argentino que haya intentado explicárselo a un extranjero curioso conoce la dificultad de la respuesta. A mí la más gráfica que se me ocurre es esta: es como si, en México, el PRI se fragmentara en varios pedazos, y unos fueran a parar al Gobierno y otros a la oposición. (Neuman, 2010: 23).

Otro elemento que comenta es la presencia de los *cartoneros*, figuras tan desoladoras como emblemáticas de las calles porteñas, y en relación con ellos recuerda el corralito de 2001, de grandes repercusiones aún en la Buenos Aires de hoy día, que “igual que las monedas”, declara, “tiene dos perfiles: uno sombrío y otro heroico, uno estancado y otro vanguardista” (Neuman, 2010: 29). Por último, a partir de una película dirigida por la salteña Lucrecia Martel, habla de la centralización del país y la contraposición que en Argentina existe entre *exterior* —“cualquier lugar más allá de sus fronteras geográficas” — e *interior* —“cualquier zona del país que no sea su prepotente capital” (Neuman, 2010: 37)— y que deja a Buenos Aires, a la vez en el centro y en ninguna parte, en una maniobra paradójica que pone de relieve lo ficticio de su superioridad. Esta crítica subsumida en el comentario de Neuman presupone un conocimiento en profundidad de la problemática nacional y revela cómo nuestro escritor no es ya un mero viajero, sino que su orilla argentina toma el mando en el momento en el que profiere dichas opiniones.

No obstante, a lo largo de todo el viaje, Neuman se encuentra bregando con sus dos mitades y caracteres: el argentino (y, por tanto, latinoamericano) y el español. La conformación de la identidad de este ser “hecho de orillas” tendrá que ver con su relación con España e intentará ir definiéndola sin, a mi parecer, mucho éxito. La primera definición y quizá la más exitosa aparece nada más iniciar su escritura de este diario de viajes, antes incluso de iniciar el viaje mismo, cuando presenta su encuentro con la llamada *Argentina invisible*, que no es sino un encuentro consigo mismo:

Escuchándolos, pienso en lo absurdo que resulta dividir a la gente de un país en *dentro y fuera*. Estos anfibios existen y no le restan nada al mapa de su país de origen. Más bien lo estiran, lo trasplantan. Nos despedimos con una rara familiaridad extranjera. Los veo irse uno por uno, hijos y nietos y bisnietos de argentinos caminando despacio, perdidos y encontrándose, imperfectamente madrileños, incompletamente argentinos, patriotas de los azares de la vida, ahí, en mitad del parque del Retiro, en medio de ninguna parte (Neuman, 2010: 17).

Esa ambigüedad híbrida de su identidad nacional es la que lo lleva a “con distraída sinceridad” (Neuman, 2010: 18) responder un “no lo sé” cuándo le preguntan en el aeropuerto de Barajas si es español o extranjero, o contestar “más o menos” (Neuman, 2010: 169) cuando el guardián de una catedral guatemalteca le pregunta si es español. Él, que se considera un “andaluz parcial” (Neuman, 2010: 75) cuando se topa en La Paz con el hermoso callejón Jaén —antes llamado *Kaura Kancha*, ‘mercado de llamas’ en aimara—, se identifica también con la figura de otros escritores hispano-latino-americanos en los que reconoce su propia historia. Un caso es el de Fernanda García Lao, cuya biografía es en cierta manera el reverso de la suya: “nació en una provincia argentina, se educó en la capital de España y ahora vive en Buenos Aires hablando un dialecto híbrido” (Neuman, 2010: 33). Otro, el de Fernando Iwasaki, peruano de origen japonés afincado en Sevilla, cuyas palabras cita nuestro autor de su ensayo *rePublicanos*:

Cuando recién me instalé en Sevilla, descubrí que era imposible dejar de mirar España como latinoamericano; mas después de vivir aquí la mitad de mi vida, he descubierto, perplejo, que también puedo mirar América Latina como español. (Neuman, 2010: 91)

¿En qué medida podemos reconocer en estas palabras ajenas las opiniones de nuestro autor? Quizá la esencia de Neuman, esa extraterritorialidad, le conceda la posibilidad de tener dos visiones distintas —la latinoamericana y la española— en función del lugar que esté mirando, algo similar a unas lentes bifocales cuyo enfoque dependa del *otro* que es, en cada momento, objeto de su visión. Del mismo modo, habremos de considerar que ser argentino no es igual que ser latinoamericano y, si bien durante su estancia en Argentina él es capaz de encontrar su identidad, la alteridad comienza a manifestarse en cuanto sale de Buenos Aires y viaja por el resto del continente. En ese momento es cuando empieza a hacerse patente uno de los esquemas que subyacen a la escritura de viajes, la visión del otro, pues

el estilo del escritor, por una parte, y su sensibilidad hacia su relación con el otro, por otra, marcan la pauta de la propia visión del viajero-escritor hacia los espacios considerados y su manera de percibirlos como *filias*, *fobias* y *estereotipos*. (Villar Dégano, 2005: 239).

Nada más cruzar a Montevideo, la otra gran capital rioplatense, ve confirmado el estereotipo de que los uruguayos, a pesar de sus similitudes con sus vecinos del otro lado del Río de la Plata, tienen un carácter distinto, mucho más cortés y menos histórico: “los montevidianos son porteños sin histeria” (Neuman, 2010: 42). Aun así, la

manera de definir al otro, siempre pasa por la comparación con uno mismo —o por la parte de uno mismo que entra en lid en ese momento—, y Neuman no se priva de recoger uno de los tópicos más difundidos, al menos en Argentina, sobre los uruguayos: que, a pesar de que el mate es conocido como producto nacional argentino, es en Uruguay donde alcanza las mayores cotas de consumo: “Catedral de Montevideo. Entrada: *No está permitido entrar con mate en el templo.*” (Neuman, 2010: 47).

Y es que uno siempre se encarga de buscar más diferencias con aquellos que nos vienen más cercanos, precisamente porque es con los que se supone que existen más similitudes. De Chile, el vecino del otro lado de los Andes, le llama la atención la apariencia de eficacia que desprende desde el mismísimo formulario de entrada al país; sin embargo, la comparación que establece con los oriundos chilenos está referida al modo de hablar y, por ello, se podría hacer extensible, no solo al carácter de la gente de Chile, sino también a la literatura que se produce en ambos países del Cono Sur: “El chileno habla a solas. El argentino habla para sí mismo” (Neuman, 2010: 54).

A medida que va alejándose de su país natal, las diferencias con los lugares que visita van aflorando y haciéndose más patentes, poniendo de manifiesto lo que de ficticio tiene una unidad latinoamericana cuando lo que llamamos América Latina se compone de tantas pequeñas unidades particulares. El viajero lleva, en ocasiones, ciertas fobias inculcadas sobre alguno de los países que visita —lo caótico y peligroso que es el tráfico en las ciudades de Bolivia y Ecuador, por ejemplo— y, otras veces, le es imposible desprenderse del más arraigado de los estereotipos —¿cómo decir algo original sobre México cuando le llegan a servir tequila en el vuelo hacia su capital?—, pero sus observaciones y apuntes no se refieren a lo meramente cultural, sino que alcanzan a las diferencias que observa entre los cuerpos de los habitantes de uno y otro lugar: “En esta zona de América casi todos los bustos y nalgas parecen haber sido inflados con helio”, (p. 117) dice de los venezolanos, o “las mexicanas carecen de nalgas, como si se hubieran cansado de que sus compatriotas se las pateen” (Neuman, 2010: 152).

Sin embargo, algunos de los comentarios más recurrentes son aquellos que se refieren al lenguaje, pues “el castellano es un planeta dentro de la boca” (Neuman, 2010: 235). El castellano es el vínculo que une a todos estos países que Neuman visita y

6.- La visión del otro y últimas conclusiones

En *El insomnio de Bolívar*, libro ensayístico gracias al que Jorge Volpi ganó el Premio Debate Casa América, el escritor mexicano declara (y así es como comienza su ensayo) que:

Fue en España, para ser más preciso en Salamanca, apabullado por las centenarias piedras de Villamayor, frente a las severas estatuas de fray Luis de León y Unamuno, o al menos ante sus nombres inscritos en camisetas, afiches y llaveros, donde descubrí que yo era latinoamericano. (Volpi, 2009: 17)

El encuentro con la antigua metrópoli le sirve a Volpi para darse cuenta de que no solo es mexicano, sino que está inscrito en una comunidad más grande: la latinoamericana. Andrés Neuman, por su parte, necesita visitar diecisiete países —o más bien dieciocho, si contamos con la visita no efectiva, pero sí narrativa a Honduras— para descubrir que no sabe qué es ni a dónde pertenece. El dilema fundamental es si ha de sentirse español o argentino, en primer lugar, cuya respuesta no vemos demasiado clara; el segundo dilema es si, una vez que se ha considerado argentino, ello lo convierte automáticamente en latinoamericano. Volpi diría que la identidad latinoamericana solo se constituye en comparación con la alteridad española y que, una vez, desaparecida esta, la primera se fragmenta y disuelve en “el fecundo caos que hoy distingue a este agreste y poderoso territorio imaginario que algunos todavía llaman América Latina.” (Volpi, 2009: 25).

Si tenemos en cuenta que para Neuman no existe una verdadera alteridad con España, ya que este país es, en cierto modo, su segunda patria, como la de otros tantos argentinos y esta patria está fundada en algo tan intrínseco como el lenguaje⁶; el encuentro con el otro, en su caso, solo puede producirse ante la constatación de cuán plural es Latinoamérica aún inmersa, hoy, en el siglo XXI, en la más despiadada de las globalizaciones. El narrador-viajero se percata, como hispano-argentino, de que poco tiene que ver con otras tantas identidades latinoamericanas que, para él, no pueden ser sino alteridades y, aunque las mire en general con respeto y asombro —también su

⁶ “Adquirir un habla para arraigarse: ése ha sido, acaso, el aprendizaje de todo un país. Y, de un modo más íntimo, ésa sería mi pequeña experiencia. Ya no soy capaz de hablar como supe una vez, como aprendí mi lengua, si bien puedo imitar mi habla perdida. He aprendido a hablar como otro, y me he acostumbrado a un acento español que me divierte oír. No soy el mismo, pero aún puedo recordar las palabras del que fui. Esas otras palabras que, sin duda, también me constituyen.” (Neuman, 2003: 243-244).

mirada está plagada de algunas fobias, especialmente en lo referente a la política—, la observa con distancia. Y, sin embargo, esto tampoco le sirve para encontrarse. Neuman finaliza el libro perdido en Iberoamérica, naufrago en el Atlántico, tambaleándose en la frontera entre dos hemisferios y dos continentes, sin saber muy bien qué supone para él ya pisar tierra firme: “Y bien, ya estoy aquí. ¿Pero dónde es aquí?” (Neuman, 2010: 250). Así concluye sus páginas.

Y estas prefieren concluir con un verso del ya citado Santiago Sylvester que forma parte de las reflexiones lectoras del propio Neuman y que, en mi opinión, resume perfectamente la esencia de este libro de viajes y, en general, de cualquier texto perteneciente a tal paraliterario género: “Lo que no es ventana, es espejo” (Neuman 2010: 25). El viaje pone ante los ojos del viajero un sinnúmero de realidades a las que él puede elegir asomarse como forma de conocimiento (en tanto que *son ventana*) o en las que puede mirar su reflejo (como si de un *espejo* se trataran): en la diferente naturaleza del cristal que ponga ante sus ojos radicaré esta conformación del binomio identidad/alteridad que aquí se ha pretendido esbozar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

GIARDINELLI, Mempo (2008): “Literatura y viaje en el fin del mundo: La Patagonia y algo más”, en Sonia Mattalia, Pilar Celma y Pilar Alonso (eds.), *El viaje en la Literatura Hispanoamericana: el espíritu colombino*, Madrid, Iberoamericana, pp. 29-37.

CORTÁZAR, Julio (1992): “Acerca de la manera de viajar de Atenas a Cabo Sunion”, en *La vuelta al día en ochenta mundos. Tomo 1, México*, Siglo XXI, 1992, pp. 95-98.

FUGUET, Alberto y GÓMEZ, Sergio (1996): “Presentación del país McOndo”, en *McOndo*, Barcelona, Mondadori.

NEUMAN, Andrés (2003): *Una vez Argentina*, Barcelona, Anagrama.

— (2005): *El equilibrista*, Barcelona, Acantilado.

— (2009): *El viajero del siglo*, Madrid, Alfaguara.

— (2010): *Cómo viajar sin ver*, Madrid, Alfaguara.

OBLIGADO, Clara (2001): “Prólogo bonsái”, en *Por favor, sea breve. Antología de relatos hiperbreves*, Madrid, Páginas de Espuma, pp. 9-10.

TORRES GARCÍA, Joaquín (1944): *Universalismo constructivo: contribución a la unificación del arte y la cultura de América*, Buenos Aires, Poseidón.

VILLAR DÉGANO, Juan F. (2005): “Reflexiones sobre los libros de viajes”, en *Letras de Deusto*, vol. 35, nº 108, pp. 227-250.

VOLPI, Jorge (2009): *El insomnio de Bolívar. Cuatro consideraciones intempestivas sobre América Latina en el siglo XXI*, Barcelona, Debate.

YEPES, Ricardo (1996): “El microcuento hispanoamericano ante el próximo milenio”, en *Revista Interamericana de Bibliografía*, XLVI, 1-4, pp. 95-108.